

Pironio salió a España

El prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos Eduardo Pironio, afirmó ayer que la diversidad de opiniones entre los miembros del Celam no indica una división dentro de la Iglesia, sino una búsqueda dentro de un abismo legítimo que tiene como meta la unidad misma.

"A todos nos interesan temas tan concretos como la justicia, la paz y el respeto a los derechos humanos. Lo que sucede — y que se analiza ahora — es que no han sido vistos con la profundidad que merecen", continuó.

Entrevistado en el aeropuerto de la ciudad de México antes de salir rumbo a España, Pironio señaló que la conferencia episcopal que se realiza en Puebla se cumple con esfuerzo y, poco a poco, los esquemas se van perfilando con respuestas positivas a las expectativas de la Iglesia.

"Se trabaja en orden, hacia una profundización del contenido central de la evangelización, que es la persona de Cristo, en íntima conexión con todos los problemas humanos. La Iglesia piensa ahora más en los derechos del hombre y en la promoción integral de nuestros pueblos", explicó.

Los trabajos se orientan hacia las personas que tienen mayores necesidades y para quienes la Iglesia es un signo de esperanza, concluyó.

UNO MAS UNO

Ares y mares

Adiós a Victoria Ocampo

Ida Vitale

Con Victoria Ocampo —no sería justo eludir el lugar común, justísimo en este caso— muere un mundo, una riqueza cultural refinada, morosamente recogida de donde se ofreciera: Europa, la India, Estados Unidos, América Latina, la misma Argentina, para integrarla en ese proceso bastante distinto dentro de lo sudamericano que caracteriza al Río de la Plata con sus virtudes y defectos. Uno de éstos, la burda interpretación del nacionalismo, encontró en Victoria Ocampo una irónica y combatiente oposición. Eso le valió, como a Borges, el poco cauteloso desdén de quienes estaban afiliados a dicha actividad, a veces sin demasiada coherencia. Segura de sus propósitos y segura también de su propia tenacidad de raíz vasca, creó la revista *Sur*, instada por su amigo Waldo Frank y bautizada telefónicamente por Ortega y Gasset; y junto a la revista, apoyándola y tan importante como ella, la editorial del mismo nombre. Varias generaciones en toda Latinoamérica han sido deudoras de ambas empresas, en sus dos funciones de descubrir textos fundamentales de la más nueva literatura de ese momento en lenguas extranjeras, y dar a conocer los nombres que iban apareciendo en la lengua castellana. Cuenta Juan Goytisolo en un trabajo reciente cómo se quitaban de las manos, en las trastiendas de las librerías, esas ediciones que llegaban a escondidas a la España franquista. Nombres irrefutables, traducidos o no

por Victoria Ocampo, vinieron a formar parte de un mundo que hasta ese momento los ignoraba pero que desde ahora los iba haciendo suyos, incluso por la discusión y el rechazo. A diferencia de su querido *Georgie*, se definió desde siempre políticamente y actuó en consecuencia. Creyó como todo humanista en la necesidad de libertad para el hombre; se embarcó activamente en una filosofía política que el éxito no avaló, en el gandhismo, pero el fracaso de la no violencia fue el más digno de los fracasos y V.O. nunca se retractó de su fe. Fue feminista quizás desde antes de aceptarse teóricamente como tal; tuvo sin duda la satisfacción de ver, al fin de un largo periodo de luchas difíciles y de burlas monótonas, la afirmación de una causa que ya nadie podrá trabar. Cuando, en junio del 77, ingresó al fin a la Academia Argentina de Letras, lo hizo porque con ella entraban al fin las mujeres, y su discurso fue en parte homenaje a Virginia Wolf y a Gabriela Mistral; junto a ellas mencionó a Agueda, india guaraní antepasada suya. Dispuso a favor de todo lo que apoyó del arma convincente de su estilo. Hubiese deseado escribir novelas y no lo hizo; sentía misteriosa la poesía, aunque todo lo que la rodeaba, aun lo más humilde, le resultaba poético; fue en cambio periodista, en el más alto sentido de la palabra, de primera magnitud; ensayista cálida que acercaba con amor los temas en que se comprometía. Recuer-

do, entre tantas cosas suyas, un notable reportaje sobre una Nueva York enloquecida y descalabrada por un apagón; como recuerdo tantas páginas llenas de admiración leal por esos escritores cuyo ingreso a una cultura totalizadora y nuestra contribuyó a crear más que nadie; esos nombres que desfilaban por su casa de San Isidro —cedida después consecuentemente a la UNESCO—: Tagore, Gropius, Neruda, Malraux, Drieu, La Rochelle, Reyes, Frank, Supervielle, St. John Perse, Le Corbusier, Jane Bathori, Ansermet, Stravinski, Onís, Caillois y tantos otros, a más de sus amigos argentinos. Su vida está ligada como pocas a su patria, a la que quiso "no soñarle como destino el aislamiento, no incitarla a la autosatisfacción, al orgullo de la propia anemia". La snob, extranje-rizante y aristocrática Ocampo tal — la imagen que algunos de sus compatriotas han dado de ella — optó por una vida no de acuerdo a esos atributos sino por una vida laboriosa basada en una ética transparente. Gabriela Mistral, su gran amiga lo entendió bien: "Ha sido descomunal mi sorpresa de hallarla a usted tan criolla como yo", diría. . . "Lo que me ata a usted es su veracidad. Su cultura, etc., me la pueden dar. . . otros en Europa; su verdad y su violencia vital no me la da nadie. Es el estilo americano más de intemperie que sea dable". Despidamos a V.O. con esa, su carta de recomendación preferida.